



"Comparando el fallo".



La fiesta en el campo.

Teodoro Núñez Ureta: "La Vida de la Gente"

Por Luis Freire

Es evidente que para Teodoro Núñez Ureta, la publicación de su hermoso libro "La Vida de la Gente", editado por el Banco de la Nación, tiene un carácter retrospectivo... y justificatorio.

En un prólogo escrito por el mismo artista, defiende con argumentación sentida pero ingenua, el derecho de una pintura nacional a trabajar sobre sus peculiaridades culturales, frente a modas universalistas que identifica demasiado superficialmente (aunque no sin cierta razón),

con las que embarcaron a la plástica dominante peruana en corrientes más contemporáneas, allá por los años 50.

Prédica que pese a su núcleo nacionalista, deviene en el caso concreto de Núñez Ureta, defensa de su figurativismo ilustrativo, en un momento en que la plástica peruana se enfrenta, desarmada y desconcertada, a una disyuntiva que ya no puede resolverse en una nueva y simple reinsertión dentro de las corrientes circulantes del mercado internacional.

El indigenismo demostró la insuficiencia de una plástica que defendía nuestra identidad cultural con la representación de ciertas capas populares de nuestra sociedad. Sin embargo, Núñez Ureta parece anclado todavía en la polémica "peruanidad-abstracción", aunque haya sido muy claro en separarse de los indigenistas.

La pintura de Núñez pretende superar figurativismos indigenistas y penetrar en los personajes y realidades locales que pinta, sin embargo, y dejando de lado el carácter conservador de sus principios y resultados plásticos; deviene tributaria de su propia mitología nacional.

La excelente calidad técnica, la habilidad como dibujante y la facilidad de Núñez Ureta para captar personajes y expresiones, hallan a nuestro criterio, sus resultados más destacados con el fino disparo humorístico, la caricatura y la penetración psicológica de tipos e instituciones locales.

El registro de personajes y situaciones sociales populares de Núñez Ureta permanecerá más por su valor ilustrativo que estrictamente pictórico. Y dentro de ese registro, es la agudeza humorística la que produce los mejores resultados.

La primera serie del libro "En la calle de la Ley", supera reminiscencias daumerianas para pintarnos magníficas caricaturas de algunos de los más típicos peatones de una calle de la ley provinciana.

El humor de Núñez Ureta bordea el retrato, la captación de personajes con sabor a doctor tal y doctor cual, con lo que su agresividad gana en precisión nacional, por encima de su localismo.

"El Mundo de la Fe" recibe del artista algunos de sus golpes más feroces. Sus curvas rezuman como frutas podridas y es mérito de Núñez Ureta haber sabido captar esos jugos. Especialmente el que forma parte de la trilogía "El juez de paz, el profesor y el cura", cuya expresión de astucia pueblerina es ejemplar, y más aún, cuando aparece coludida con dos representantes de las potencias intelectuales de la vida provinciana.

"Expresiones y Gestos" le permite a Núñez Ureta otra demostración de su crítica de costumbres e instituciones, luego de algunas series de acuarelas sobre temas locales.

Decimos crítica de costumbres e instituciones, porque el humor de Núñez Ureta no apunta desde perspectivas socio-políticas precisas, sino que se mantiene dentro de un humanismo lo suficientemente generalizante como para que sus dardos y testimonios sean digeridos, condecorados, editados y admirados por la misma clase contra la cual apunta sus exigencias de justicia y cambios.

Es interesante ver cómo la captación de tipos populares se organiza en Núñez Ureta de acuerdo a estructuras heredadas del repertorio europeo. Sus mendigos o sus ni-

ños, por ejemplo, sin dejar de constituir expresiones netamente locales, respetan maneras de organizar, e inclusive, de presentar personajes similares en otras culturas occidentales; que forman parte ya de toda una tradición, una vieja tradición.

Es por eso que las excelentes acuarelas de Núñez Ureta no logran realmente su objetivo: captar la vida de la gente. Su lenguaje no se lo permite, excepto quizás cuando el humor lo dota de una manera más propia de decir.



Las beatas.



El juez de paz, el profesor y el cura.

cho de los detractores de lo nuestro.

José Sabogal es nuestro pintor nacional por excelencia. Puede haber otros más, pero no hay ninguno que haya visto, que haya sentido, que haya revelado más efectivo peruanismo, en él tal vez más fuerte porque es fruto de su sinceridad, sensibilidad, y no de simple propósito de tesis.

En la obra de Sabogal no son los asuntos representados los que le dan tales producciones características locales, sino el espíritu que los anima, el sentido racial que está latente en el colorido y la línea. Su obra es un capítulo abierto en la historia de la plástica peruana en la que Sabogal marca un derrotero y nos abre una trocha que tenemos que cimentarla de acuerdo a nuestra realidad actual, llevar aún más lejos los avances de José Sabogal, como también incorporar el paisaje urbano.

La vigencia de Sabogal está precisamente en su gran amor al Perú.

“La posteridad es la que juzga la obra de los hombres, al margen de las discriminaciones raciales y sociales; así como de intereses mercantiles publicitarios, o de complejos personales familiares, o de complejos de pintor o crítico de arte, esto sí no superables”, como expresara el Dr. Juan Francisco Valega (en su 80º aniversario de su nacimiento, en 1968), entrañable amigo de Sabogal.

A raíz de su fallecimiento, puntualiza José Gálvez: “En Sabogal se cumple la fusión de un crepúsculo de clausura de un ciclo de labor con el alba de una gran anunciación”.

“Su pasión absorbente por lo netamente popular y peruano es, precisamente en aquel rasgo, donde está la esencia de su fuerza y el secreto de su éxito y de su lucha”.

“En una época desorientada nos da la pauta y el sendero a seguir su obra y los frutos de ella madurarán y hasta alcanzar la plenitud del ideal que él propuso”, como afirmara Camilo Blas.

“Su fervor peruanista llevó a Sabogal hacia una posición representa-



tiva que ahora, en la inmortalidad, comparte con José Carlos Mariátegui y César Vallejo. Cada uno de los tres simbolizan la afirmación del Perú, la toma de conciencia del ser del Perú. A la par son ellos, en primer término quienes responden presente cuando se nombra al Perú, porque Vallejo, Mariátegui y Sabogal amaron al pueblo, salieron de sus entrañas y fueron portadores del secreto de su eternidad”, expresó Luis E. Valcárcel.

“Dentro de los ensayos que se han hecho en busca de nuestra expresión, la obra de José Sabogal es acaso precisamente lo más logrado y definitivo, inclusive tomando en cuenta lo que se ha hecho literaria y musicalmente”, afirmó Jorge Basadre.

BIBLIOGRAFIA:

- 1.— “Del Arte en el Perú”, José Sabogal, 1975.
- 2.— “Hora del Hombre”, Jorge Falcón. Ed. en honor de José Sabogal al mes de su fallecimiento, enero de 1957.
- 3.— “José Sabogal y las Artes Populares”, José María Arguedas. “El Comercio”, 21 de abril de 1957.
- 4.— “Cinco Estudios: Valdelomar, Valdizán, Cajal, Mejía, Sabogal”, Dr. Juan Francisco Valega. 1980.
- 5.— “Memorias”, Luis E. Valcárcel. 1981.
- 6.— “Perú: Problema y Posibilidad”, Jorge Basadre. 1980.
- 7.— Arte y Sociedad 15 diciembre 1981 “Defensa del Indigenismo”.